

Los comunistas y la escuela

NUESTRO corresponsal en Roma nos ha informado de cómo los comunistas italianos, que se autoproclaman "eurocomunistas", se comportan, al margen de las grandes palabras que suelen emplear (derechos humanos, respeto, autonomía, libertad). Palabras que también manejan aquí, por las calles, nuestros "eurocomunistas" españoles.

LA realidad es que en aquellas zonas italianas en que los comunistas tienen algún poder han desaparecido, por asfixia económica (recursos reiteradamente negados desde esos puestos de influencia), alrededor de 300 colegios privados dirigidos por instituciones de la Iglesia.

PARECE, pues, muy claro que los comunistas, incluso los del área suroccidental de Europa, que cultivan ante el público imagen de abiertos y demócratas en métodos y obje-

tivos, van, de hecho, a la conquista de la escuela y a la supresión de quienes, en ella, no piensan en su clave marxista. Tienen esa meta y la cumplen disciplinada, constante y eficazmente.

QUIERE esto decir que ya ha sonado la hora en que los padres de familia españoles tienen que aprender a distinguir, entre bosques de palabras más o menos bonitas, cuáles son los objetivos reales que persigue cada grupo político, y muy en concreto, con relación al tipo de escuela que quieren. Tras compararlos luego con sus propios deseos y convicciones, deben tomar buena nota de que nadie va a sacarles las castañas del fuego, y menos aún los comunistas, a no ser que se identifiquen con ellos. Si muchos padres y madres españoles están convencidos de que la escuela tiene que ser pluralista, coherente, libre y no dominada en exclusiva por el marxismo, tienen que ponerse a la altura de las circunstancias y agruparse con quienes piensen lo mismo. Que los comunistas tengan disciplina de grupo, constancia y eficacia, es perfectamente imitable. El que algo quiere, algo le cuesta. En adelante, las convicciones personales no bastarán y co-

rren el peligro de ser barridas por el ambiente, si no se hacen valer también públicamente, con los pies muy en la tierra y sin dejarse engañar ingenuamente por el bello sonido de las palabras.